

REVISTA DE TEATROS.

PERIÓDICO

DE LITERATURA Y ARTES.

OPERA ALEMANA, ITALIANA Y ESPAÑOLA.

ARTICULO PRIMERO.

FILOSOFIA DE LA MUSICA.

Nada mas fácil, nada mas comun en unos tiempos en que la superficialidad hace veces de instruccion sólida, que el encontrar en los periódicos críticas ó juicios acerca de una ópera cualquiera, escritos tal vez por personas, que ni siquiera han saludado los rudimentos de la música, y mucho menos los del *contrapunto*. Esta presuncion, que con referencia á toda materia desconocida arguye por sí sola tanta ignorancia como atrevimiento, sube de punto al relacionarse con un arte que, si solo se consultan el gusto y el oido, la mayor parte de los mortales se cree con el derecho de juzgar: y digo la mayor parte, porque sabido es, que tampoco todos los mortales tienen buen oido ó buen gusto. Con efecto, apenas se hallará en los elegantes círculos de una sociedad, la parisiense ó la madrileña, por ejemplo, un solo *amateur* (y cuidado que esta es una palabra que todos nos aplicamos sin escrúpulo) que no se suponga capaz de dar su voto acerca del mas complicado *spartito* alemán ó italiano: porque explotando los simplemente aficionados en provecho de su fatuidad las dos cuestiones indicadas del gusto y del oido, se han llegado á persuadir de que, con poseer ambas dotes, tienen la suficiente ciencia para erigirse en maestros.

Y desgraciadamente, de esos elegantes círculos, solo han salido á luz, dignos de leerse, los artículos de *Castil-Blaze* publicados en la *Revista de Paris*. En Madrid, rigurosamente hablando, no se ha escrito

uno solo, en el cual se analice una ópera.

Ni es tarea para emprendida de momento. Una ópera contiene muchas y muy heterogéneas partes que examinar, y supone en el que las examina otros conocimientos independientes de los que deben adornar al escritor público: la fraseología del periodista se estanca, cuando este quiere penetrar en los misteriosos arcanos del arte encantador, del mismo modo que aparece lánguida y amanerada, cuando intenta describir los divinos rasgos que caracterizan á la *Transfiguracion* de *Rafael*: porque la sensacion interna del alma no se esplica, y para esplicar la filosofia del pensamiento es necesario algo mas que pensar; es necesario saber.

Despues de haber hecho mencion de la filosofia del pensamiento, cualquiera que lea estas líneas conocerá que no pertenecemos al número de aquellos rigoristas y mazorrales maestros de capilla, que no veían, á principios de este siglo, en una sinfonia de *Mozart* ó de *Hayden*, mas que una serie de combinaciones armónicas. No: nosotros reconocemos (y no por asentimiento á la moda) que la música es algo mas que un conjunto ó sucesion de melodias y de armonias: nosotros reconocemos que la música aspira á mayor triunfo que el que puede proporcionarle el contentamiento del oido: nosotros creemos que no es solo un arte material, sino una emanacion del alma, que se dirige al pensamiento, y en el se modifica y se pule, y vuelve al alma, clara, sonora, perfecta, y la arroba de placer, ó con melancólicos suspiros la contrista.

Y hé aquí justamente la filosofia de la música, cuya existencia no sospecharon nuestros abuelos, porque en sus tiempos no hubo un *Meyerber*, ni un *Rossini*, ni un *Bellini*, ni un *Donizzetti*, que dijesen con orgullo, «Venid á gozar; venid á derra-

mar lagrimas; porque nosotros hemos destruido las trabas que nos habia impuesto la monotonía de los *acordes*; porque hemos jugado á nuestro placer con el inevitable *cuarteto* de nuestros maestros, porque siguiendo el impulso que las grandes inteligencias han impreso á todas las artes de imitacion, hemos conseguido que la música imite tambien, y hable al corazon, y sea libre en sus arranques, y despedace las cadenas de la *cuarta perfecta*, de los *tonos relativos*, de las *octavas y quintas prohibidas*, únicos secretos que nuestros maestros nos enseñaron.» Esto faltó á los primeros músicos del mundo, del mismo modo que faltó á los primeros marinos el descubrimiento de la brújula: aquellos nunca pudieron salir de las diferentes gradaciones de cuatro tonos en una obertura: estos jamas lograron dirigir una nave por mares desconocidos.

No es nuestro objeto escribir una historia razonada de la que se supone invencion de *Tubal Cain*, ni juzgamos indispensable remontarnos á los primitivos tiempos, en los cuales se oraba cantando, al paso que la armonía se hallaba en su mayor desnudez, para deducir que la música es un idioma superior á todos los demas. Verdad es esta que los profesores, que se dedicaron á escribir tratados de *composicion* ó sea de *armonía práctica* en los últimos años, debieron haber conocido como nosotros, supuesto que, al combinar las *silabas de Güy de Arcio*, vieron que los profesores de otras naciones las combinaban tambien, lo cual significa terminantemente que la música es el idioma universal: de aquí pues la superioridad que sobre los demas idiomas le concedemos. Y si esto es así; si la música realiza el grande pensamiento de la comunicacion directa entre todos los seres dotados de razon; si los signos de que se vale para representar sus misteriosas ideas son comunes á todos los pueblos de la tierra; si el giro de sus *cadencias*, el de las *resoluciones* de sus *desacordes*, y el de la distribucion de notas en una *partitura*, en un *periodo* dado, es el mismo en Inglaterra, en Francia, en Rusia, en la India, ¿se tendrá como cosa estraña que ejerza en nuestras ideas generales un influjo directo, sensible é inmediato? ¿Por qué pues nos conmovemos cuando una banda militar toca sus marchas guerreras? ¿Por qué entonces á ancianos, jóvenes y niños anima un ardor sobrenatural, precursor de las glorias del combate? Porque la música domina siempre en nuestros sentidos; porque en las mas penosas tareas de la vida, el hombre

que talarea una cancion se anima; porque cuando silba un romance popular que le presta desusadas fuerzas, emprende su trabajo con alegría, y lo concluye sin fastidio ni cansancio. Y esto no es exagerado, no: la influencia moral de la música es de tal naturaleza, que nos hace sobrellevar con resignacion las fatigas, el hambre, la miseria, y aun la pérdida de cuanto amamos: ampáranos en la desgracia, suaviza la amargura de nuestros males, cicatriza nuestras mas hondas heridas, es, en fin, una fiel compañera del hombre, que vierte en su llagado corazon el bálsamo dulce del consuelo. Esta es la música, cuando subsiste la fé en el corazon del hombre: y la fé ponemos por condicion precisa, porque sin ella es impotente hasta la divinidad de la religion que profesamos, de esa religion, música celestial, que bajó á la tierra á realizar una revolucion entre los hombres.

Y que la música no se aprende con estudiar solamente sus rudimentos, así como no se aprenden las matemáticas estudiando á *Bails*, *Ciscar* ó *Lacroix*, se deduce de las obras que debemos á los que *grandes maestros* apellidamos, y que efectivamente lo son, no tanto por la profundidad de sus combinaciones armónicas, sino porque en la sencillez de sus *motivos*, (ya que esta mal aplicada palabra se ha hecho de moda) en sus melodías, han acertado á hablar al alma, por medio del oído y del sentimiento. Y esto es tan demostrable, que, como prueba de nuestras palabras nos bastará citar algunos nombres propios. Nadie osará negar, por ejemplo, que *Mehul* y *Bethoven* son mas profundos, mas dados á la meditacion que *Rossini* y *Bellini*, así como nosotros estamos dispuestos á conceder, que cualquiera de estos es mas comprensible, mas tierno, mas simpático que cualquiera de aquellos. Pues bien: concretémonos á la idea emitida al principio de este párrafo, y digánnos en conciencia cuantos han hojeado los principios musicales del Señor *Albeniz* (el Padre) ó de otro autor, si la *tintura* de esos principios grabada en su memoria, si el haber cursado despues con algun aprovechamiento el piano, es decir, el rey de los instrumentos armónicos (lo cual es bastante conceder por nuestra parte) les han puesto en el caso de poder analizar debidamente la célebre *misma de requiem* de *Mozart*, ó el celebrado *Stabat Mater* del *Cisne de Pésaro*. Seguramente que á esta pregunta encogerán los hombros y no podrán menos de responder: «Hemos nacido sensibles; nuestros oídos se han acostumbrado á la armonía: así es, que comprendemos en nuestros corazones las bellezas que esas par-

turas encierran; las sentimos, pero no nos es dado explicarlas.»

¿Y qué se deduce de esta respuesta? dos cosas. La primera; que la música es hija mas del corazon que del entendimiento: la segunda; que no solo se oye, sino que se siente; que hay filosofía en la música. La dificultad del arte consiste, por lo mismo, no en preparar las combinaciones armónicas de que hemos hablado, no en escribir materialmente periodos musicales arreglados á los principios que sirven de base al fundamento de toda *particion*, al *cuarteto*, pues esto se aprende en los tratados; sino en conseguir que esas combinaciones, que esos periodos sean producto del sentimiento, sean la expresion verdadera del alma. De modo que no basta escribir notas, no basta armonizar, para componer música; es indispensable revelar pensamientos, pintar pasiones.

¿Cómo se consigue esto?—No hemos prometido á nuestros lectores un método razonado de *melodias-armónicas*, (1) ó sea un arte de describir afectos por medio de la música: no conocemos todavia el nombre del artista que haya sujetado á reglas la filosofía de la pintura. Pero responderémos á la anterior pregunta, presentando la indole de las dos escuelas musicales que en Europa se conocen, la alemana y la italiana, y el caracter peculiar que ya desde su infancia distingue á la española, si es que en España se nos concede que esta existe. Por el rumbo que las dos primeras han seguido, se vendrá en conocimiento de las pretensiones de ambas, y verémos al mismo tiempo, que no es la escuela que ha vencido mayores dificultades la que ha logrado estender su dominio en el mundo, sino aquella que, tomando por base la filosofía del sentimiento, ha dirigido sus cantos al corazon. Este ha comprendido desde luego las lecciones que los italianos le han dado: el entendimiento ha tardado mas en comprender la profundidad de los alemanes.

J. M. DE ANDUEZA.

PROGRESOS

Del cristianismo y de la civilizacion entre los indios de la america española.

El asunto mas digno de la meditacion del hombre estudioso que se interesa en las me-

joras de las razas salvages, efectuadas por los misioneros cristianos, es sin duda el cuadro de las costumbres, tanto antiguas como modernas, de ciertas tribus indianas que habitan las costas occidentales de la América del Norte; cuadro bellísimo que ha trazado Mr. *Washington Irving* en una de sus últimas composiciones: *aventuras del capitán Bonneville*. Durante un largo y penoso viaje por medio de desiertos y de montañas, desde el Misisipi hasta las riberas del mar Pacifico, este intrépido comerciante de pieles americanas, ha encontrado muchas tribus de indios, cuyo carácter é inclinaciones varian infinitamente unas, siempre en guerra con sus vecinos, perfecta imágen del génio del mal; otras por el contrario, dulces y apacibles, alimentándose de raíces y yerbas, y representando en su felicidad el siglo de oro.

Parece que el valiente capitán no ha estudiado filosóficamente las señales distintivas del carácter de los indios, pero las relaciones accidentales que contiene su historia, prueban que en aquellas regiones, asi como en las demas del globo, el hombre es una criatura de circunstancias. Los indios se han mostrado humanos y tratables, siempre que se han empleado para civilizarlos medios suaves y persuasivos: al contrario, cuando se ha procedido por medios violentos, particularmente si se les han prodigado licores fuertes, los indios se han convertido entonces en crueles y vengativos, alterándose de un modo espantoso su primitivo carácter. Generalmente se ha pretendido que la estóica indiferencia de los indios y su natural orgullo, eran dos barreras insuperables para la introduccion del cristianismo y de la civilizacion en sus tribus; nada hallamos en las *aventuras de Bonneville* que compruebe tan aventurada asercion.

No solo se ha establecido el cristianismo, sino que ha obrado un cambio notable en las costumbres de los hijos del desierto, tanto en las costas de la *California* y en otros distritos limítrofes, como en las orillas del *Pacifico*. Merced á su influencia, las tribus que lo han abrazado, han tardado poco en abandonar las guerras de esterminio: y las artes, hijas de la paz, y el encanto y las ventajas de la civilizacion, se difunden rápidamente desde aquella feliz mudanza.

En 1698, fundaron los jesuitas varios establecimientos en la Península del cabo de *California*; dieron principio por entablar re-

(1) Si á algun profesor parece mal aplicada esta palabra, le rogamos que no nos crea tan ignorantes del arte, que no sepamos distinguir el di-

verso significado de las dos que la componen. Tomamos aquí *melodias-armónicas* por *música*; esto es, las partes juntas por el todo.

laciones amistosas con los naturales, que formaban en aquella época una población de 25 á 30 mil almas, dedicáronse á ganar su afecto, y por medio de un tratado tomaron en poco tiempo sobre sus espíritus un ascendiente tan prodigioso, que fué seguido inmediatamente de una mudanza completa en su estado moral. Crearon los mismos jesuitas hasta once establecimientos en diferentes partes de la misma península, los cuales servían de puntos de reunión á los salvajes de las cercanías, hasta que inspirando sospechas á los gobiernos europeos, la influencia y el poder siempre en aumento de los padres en el nuevo mundo, fueron estos espulsados de las colonias.

A los jesuitas sucedieron los misioneros franciscanos, y á estos los dominicos, que no consiguieron las ventajas de los primeros. Solo dos establecimientos se encuentran hoy ocupados por sacerdotes: los demás no presentan sino montones de ruinas, á escepcion de uno que ha quedado en pie. Es un monumento respetable de la prosperidad de la orden, un edificio solitario y magestuoso, en el cual residía el jefe de los jesuitas. Está situado en una hermosa pradera, entre el golfo de *California* y el vasto Océano: en aquel sitio la península tiene una estension de sesenta millas, pero hoy nadie la habita, ningún ser humano respira en la pradera en el circuito de treinta millas. Al acercarse el viagero al gran edificio por la parte del Sur, atraviesa el monte *San Juan*, que se considera el pico mas elevado de la *California*. Desde su altura la perspectiva es magnífica y pintoresca: por un lado el gran golfo, mas allá el azul sereno del mar cubierto de innumerables islas, y por el otro la inmensa llanura de *San Gabriel*. La belleza del clima presta un efecto italiano á tan hermosa y dilatada pradera: el cielo es siempre en ella claro, y el sol, al velarse entre nubes pardas y purpúreas, presenta un espectáculo que ninguna pluma puede llegar á describir.

Se cuentan en esta provincia veinte misiones: la mayor parte de ellas se fundaron hace cincuenta y cuatro años, y están bajo las custodia de los franciscanos, cuyo cetro se estiende sobre treinta y cinco mil indios convertidos, que habitan el territorio que rodea á las misiones. Cada casa india posee quince millas cuadradas de tierra, subdivididas en lotes, con arreglo al número de indios convertidos que pertenecen á la mision. Algunos de estos lotes estan cercados con altos muros de piedra, pero generalmente se ven al des-

cubierto, y separados por hileras de cañas construidas con ramas secadas al sol. Gran número de ellos se encuentran fuera de toda proteccion militar y dependen enteramente del cuidado de los naturales, que nunca les falta.

Los indios han hecho muchos progresos en las artes útiles. En cada establecimiento ó mision hay el correspondiente número de zapateros, curtidores, canteros, herberos, y otros operarios de diversos oficios: tambien se dedican á la agricultura y á la ganaderia. Las mugeres cardan é hilan la lana, y llenan las demas funciones que de su sexo exige la vida social.

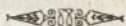
Mr. Pambrune, superintendente de una oficina de la compañía de Hudson, declaró al capitán *Bonneville* que le habia costado algun trabajo introducir el cristianismo entre aquellos indios. Sin embargo, consiguió su objeto, modificándolo en lo posible, aunque conservando escrupulosamente los dogmas fundamentales. Dióles tambien el mismo Mr. Pambrune un código de leyes que ellos observan con toda fidelidad, aunque debe decirse en conciencia, que aquella casta de indios parece estar dotada de una disposicion particular para conseguir una educacion moral y religiosa. Las personas que los visitaron hace veinte años, cuando se efectuó la expedicion de Mr. Arton, se quejaron de su egoismo, de su avaricia, de su aficion al robo: el capitán *Bonneville* ha encontrado en ellos cualidades enteramente opuestas.

En otra parte de su obra presenta Mr. *Wasihgton Iriwng* un extracto interesante acerca de la mejora de costumbres entre los *Skinses* y otras razas indias. Con respecto á este punto citaremos, no solamente el testimonio del capitán *Bonneville*, sino el del capitán *Wyph*, que pasó un mes en una de las tribus.

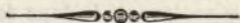
«Mientras he estado en medio de ellos, dice, no se ha cometido un robo. Un bonton, un alfiler que se pierda, aparece al momento. Aborrecen la mentira y la riñas; observan entre ellos la mas perfecta armonia, son políticos sin importunidad, y su carácter dulce y tranquilo.»

Fácilmente pudieran llegar aquellos indios á un alto grado de civilizacion. Algunos labradores que se estableciesen en la parte del continente que ocupan, les decidirian á trabajar la tierra y á cultivar los árboles frutales, lo cual les produciria mayores ventajas para su subsistencia, que el comercio de pieles á que se dedican, y que constituye la principal riqueza de las misiones.

Mr. *Irwing*, viagero, y literato distinguido, nos ha hecho un servicio de importancia dándonos á conocer por primera vez el carácter verdadero de los indios, y demostrando que solo por medio de la dulzura se conseguirá hacerlos pasar de la barbarie á la civilización. Los que deseen adoptar un sistema acertado, conocen ya el verdadero estado de las cosas: obren, pues, en consecuencia. Ni es tampoco indispensable que los misioneros sean eclesiásticos; antes bien, mas provechoso seria elegir para tan difícil empresa hombres intrépidos que reuniendo las cualidades de negociante, médico y predicador, se hiciesen amar de los indios por los servicios que les prestasen. De este modo convirtieron los sacerdotes de *Yona* al cristianismo las tribus salvajes del norte de la Bretaña: siguiendo el mismo plan han difundido sus doctrinas los jesuitas entre los indios de la *California*, del *Brasil* y de otras regiones del Continente americano.



REVISTA DE LOS TEATROS.



El domingo último, día primero de Pascua, se inauguró el nuevo año cómico, con la décima representación del *Naufragio de la Fragata Medusa* en el teatro de la Cruz, y con *Guzmán el Bueno* en el Príncipe. De ambas producciones se ha hablado ya en este periódico, y por lo mismo no nos detendremos á analizarlas de nuevo, limitándonos á asegurar, por lo que á la *Fragata Medusa* atañe, que en la noche de la mencionada repetición, merecieron del público nuevos y pronunciados aplausos las decoraciones del tercero y cuarto acto. Verdad es tambien que la *Medusa* ejecutó la *virada* con mas graduación y regularidad que otras veces; pareciónos que acababa de *ser botada al agua*, segun la docilidad con que obedecía al timon, y no contribuyó poco al buen éxito de la misma escena la mayor animación de los actores, que reunidos en la popa del buque, nos dieron un traslado de las angustias con que el hombre lucha, cuando sabe que cuatro tablas prontas á hacerse astillas es lo único que le separa de la inmensa sepultura del Océano.

Ya que por la razon que hemos espuesto no nos ocupamos de los dramas representados, debemos hacerlo de los teatros, á lo menos del de la Cruz, cuya empresa ha realizado, en la nueva distribución de

las localidades, mejoras positivas, que seguramente redundarán en comodidad del público, y por consiguiente en provecho de la misma empresa. Ha desaparecido el *anfiteatro*, mirado con cierto horror por nuestras y nuestros elegantes, y en el cual no osaba presentarse como en espectáculo el pueblo, privado de asistir á las representaciones, por que carecia de localidades que le fuesen propias, porque no tenia á su disposición un *tendido*, en el que no le incomodasen los ajustados *gabanes*, ni los incesantes juegos del abanico. La empresa de la Cruz ha comprendido bien sus propios intereses convirtiendo los asientos de *anfiteatro* en *lunetas de patio*, y la prueba de esto es, que cuando al pobre *Daniel*, en el paso del *tópico*, le dieron sus compañeros las tres *zambullidas* decretadas por Neptuno, muchas voces del respetable público, y que salian sin duda alguna de aquella parte del teatro en que pocas noches antes se ostentaba orgulloso el malhadado *anfiteatro*, pedian con instancia otra *zambullida* mas para el ensopado marinero: prueba irrecusable de que las *lunetas de patio* no estaban vacías, y de que los que las ocupaban son hombres cortados para el entusiasmo, como con una tijera.

La empresa ha aprovechado tambien la linea circular que rodea á dichas *lunetas* para formar las *galerías de patio*, continuación de las *delanteras de galería*, y por último ha establecido los *bancos de patio*. Si á estas reformas se añade el aumento considerable del alumbrado, pues se han puesto veinte y cuatro quinqués nuevos, por la parte mas corta, la economía en los precios de las localidades, y la mayor holgura que necesariamente debe disfrutar el público, no es aventurado asegurar que en beneficio de este ha hecho dicha empresa cuanto ha podido.

De otra innovacion vamos á decir dos palabras. Se ha dado carta blanca al bello sexo, para que á su talante pueda invadir los dominios hasta aqui exclusivos del sexo feo: esta es una compensación, no lo desconocemos, del terreno que las señoras han perdido con la demolición del *anfiteatro*; y tambien nos sorprende el que sobre nuestros débiles hombros haya caído esta nueva contribución, si algun tanto pesada, mas agradable que la extraordinaria de guerra y otras. Por lo demas, bien venido sea ese sexo hermoso á las *lunetas principales*, ya que escrito está, que en ninguna parte hemos de estar solos los hombres. Esta mudanza vá á desterrar á muchos de las *lunetas*, pero estas no por eso quedarán vacías: muchas las ocu-

parán, si la moda prospera, y lo que es á la empresa, tanto le da de un modo como de otro.

A.

EL FASTIDIO.

(Concluye.)

No es solo sobre el trono donde se muestra el fastidio como el mayor enemigo de la moral, de la virtud y de todos los sentimientos generosos: este cáncer de la naturaleza humana y de la sociedad ejerce el propio influjo en todas las condiciones, y no deben atribuirse á otra causa las malas acciones, las imprudencias, las faltas y locuras que todos los días se cometen. El fastidio es el ángel malo de la humanidad: este vicio debería llamar particularmente la atención de los reformadores. Mas ¿cómo y por qué medios se ha de luchar con el fastidio, cuando por el contrario todo el progreso social tiende á prolongarlo y á consolidar su dominio? Perfeccionándolo todo, amenizando la vida, poniendo el bienestar y el lujo al alcance de todos, se propaga la uniformidad, y se aumenta maravillosamente la parte de fastidio que amarga nuestra existencia. «El fastidio es la desventura de las gentes venturosas» ha dicho Walpole, y hay con efecto pocas dichas que á él no estén sujetas. La felicidad conyugal, la fortuna, la grandeza pagan ese tributo á la Providencia, sin que se establezca equilibrio entre las prosperidades y las miserias sociales, porque los infelices no están mas á cubierto del fastidio que los dichosos.

Hace poco que en el estudio de uno de nuestros mas distinguidos pintores decia un noble y opulento extranjero, el conde D.... delante de numeroso auditorio.

—Daría 20,000 francos al que me hiciera reír por espacio de un cuarto de hora.

Hé aquí el lado malo de la abundancia, el fastidio radical que la saciedad produce. Lo frívolo del carácter francés impide comunmente que en aquel país llegue esa tortura á su estado normal, pero lo que hay de notable es que en Inglaterra, por ejemplo, donde el fastidio llamado *spleen* es enfermedad mortal, jamas se ha visto al enfermo deshacerse por un sencillísimo medio del fastidio que sus riquezas le ocasionaran. Y lo cierto es que no hay cosa mas fácil: en vez de arrojarle al agua, que tire sus riquezas al río: en vez de levantarse

la tapa de los sesos, que queme su fortuna realizada en billetes de banco en vez de matarse que mate cuanto ha adquirido ó heredado, y el *spleen* que engendró la opulencia desaparecerá ante la pobreza; y el efecto cesará con la causa.

Todo lo que pudo hacer un noble en semejante crisis fué analizar su situación. Tenia el cañon de su pistola sujeto con los dientes y ajustado al cielo de la boca: yá iba á tirar del gatillo, cuando se le ocurrió la idea de componer un libro sobre el *spleen*. Quería darse prisa porque le pesaba realmente la vida; mas no tenia costumbre de escribir, de modo que concebía con lentitud las ideas y las formulaba con trabajo. Hubiera sufrido mucho su amor propio dejando á la posteridad un libro imperfecto, y se dedicó á componerlo con tanto celo y paciencia que la tarea duró siete años: luego fué preciso corregir las pruebas, y empleó un año en esta segunda ocupación; por último cuando estuvo el libro revisado, corregido, impreso y encuadernado, el mismo día en que el editor anunciaba su venta volvió á cojer el autor su pistola, á poner el cañon entre sus dientes, y como no le ocurrió en aquel instante ninguna idea nueva, tiró del gatillo y se levantó la tapa de los sesos. El libro existe y goza mucha reputación en Inglaterra: se titula, *Anatomía del fastidio*.

No solo al sultan Achmet le ha sido provechoso el fastidio. Pocos ricos y elegantes parisienses son los que hoy se suicidan acosados por esta enfermedad, y á fé que no deja de ejercer sobre ellos poderosa influencia. Les dá el fastidio por acceso, y emplean á menudo contra sus ataques medios funestos para sí y para los demas. Citemos el ejemplo de Alfredo Dambilliers.

Alfredo era independiente y rico, tenia veinte mil libras de renta y pasaba la vida como un príncipe. Nada le faltaba: tratábase con mimo la buena dicha y salía victorioso de todos sus proyectos y de todas sus empresas. Es verdad que su fortuna menguaba rápidamente á fuerza de gastos, pero no lo es menos que aguardaba la herencia de una tia suya y no podía inquietarle un porvenir que vislumbraba al través de un buen testamento. Cierta dia se vió asaltado Alfredo por una violenta crisis de fastidio. Procuró distraerse y fueron vanas sus tentativas: fué á los bosques de Bolonia y á la ópera: ópera y bosques redoblaron su fastidio: aceleró el desenlace de una intriga delicada, y permaneció frío é indiferente delante del suceso que coronó su audacia. Ya llevaba tres días de fastidio: se le ocurrió viajar por si así disipaba aquella

nube: hizo que le trajeran caballos de posta, y hasta que estuvo dentro del carruaje, no se consultó acerca de la dirección que tomaria.

—¿Adonde iré? Conozco la Italia, la Inglaterra, las orillas del Rhin, la Suiza, y ademas Europa es estrecha para un fastidio como el que me agobia. Vámonos á Oriente.

Partio y el viaje duró dos años: á la vuelta estaba perfectamente curado de su fastidio; mas su tia habia muerto durante su ausencia, y se habian apoderado de sus bienes los parientes mas cercanos que le habian asistido en sus últimos momentos.

Hé aqui, dijo Alfredo, cuan caro me cuesta un acceso de fastidio.... Las sombrías ideas que le inspiró este resultado de sus viajes le sumergieron en una nueva crisis: por esta vez recurrió á un remedio violento, pero eficaz. Para desenojarse suscitó una disputa en la sala de descanso del teatro italiano. Al día siguiente se batió y mató á su adversario.

Causar la muerte de un hombre para quitarse el fastidio casi es echárselas de sultán y Alfredo no se hubiera consolado jamas de aquella accion, si no hubiera llegado á sus oidos que el muerto era un duelista de oficio, que se habia visto obligado á dejar la Bretaña por las muchas muertes que habia hecho en desafíos.

Casi arruinado por el desórden de su conducta cayó Alfredo otra vez en el marasmo: echó la culpa al celibato, y se casó con una jóven hermosa y amable, pero desprovista de fortuna. Faltaba poco para que sintiese en el alma haber apelado á este tercer remedio, cuando sin pensarlo heredó su esposa cincuenta mil libras de renta.

—No habiamos contado con esta fortuna, dijo Alfredo á madama Damvilliers. ¿No sabiais que tan opulento era vuestro tio de Bretaña?

—No, era escaso de bienes, mas he sabido que un amigo suyo, Mr. de Kersses muerto en desafío en Paris hace un año, le dejó por heredero de cuanto poseia.

—¡Kersses!... ¡El año pasado!... Pues yo fui quien le maté exclamó Alfredo ¡Oh, yo bendigo aquel momento de fastidio que tanta renta me vale!

Sin embargo de su matrimonio y de su renta, y quizá por ambas cosas, acaba Alfredo de notar en su corazon síntomas de una nueva crisis de spleen; y para prevenir las consecuencias ha inscrito su nombre en una candidatura de diputados: está casi seguro de obtener mayoria, y espera que las sesiones de la cámara le curen

completamente de propension al fastidio. —¿Y qué dificultad hay en esto? ¿No hemos visto muchas curas operadas por el sistema homeopático?

EL PISTOLETazo.

NOVELA RUSA.

Hallábame de guarnicion en * * *. ¿Quién no conoce la vida de un oficial en guarnicion? Por la mañana, manejo del arma, ejercicio en que el frio tiene tanta parte como el cansancio; por la tarde, á comer en casa del comandante, ó en la fonda; beber el ponche de ordenanza por la noche, y jugar. Como en la villa que ocupábamos militarmente no habia lo que se llama casa abierta, ni señorita por casar, nos reuníamos unos oficiales en los alojamientos de los otros, sin escrúpulo ni cumplimiento. Solo un individuo, de los que asistian á nuestras francachelas, no era militar: tendria unos treinta años poco mas ó menos, y nosotros le considerábamos por esta razon como á un anciano. Su esperiencia del mundo le daba un poderoso ascendiente sobre los demas, al paso que su humor sombrío, la firmeza de su carácter y su áspero y aun rudo lenguaje producian encontrados efectos en nuestras jóvenes y locas imaginaciones. Una especie de misterio envolvía el destino de este hombre singular: parecia ruso y llevaba un nombre extranjero: habia servido con fortuna próspera al Czar de Moscovia, y todos ignoraban el motivo que le habia obligado á abandonar la profesion de las armas, para establecerse en una villa de provincia, en la cual vivia modestamente, aunque con el lujo que ella permitía. Su mesa, por ejemplo, estaba á disposicion de todos los oficiales del regimiento, y sin embargo de que sus comidas solo se componian de dos ó tres platos, compuestos por un viejo soldado inválido, corria en desquite á torrentes el chispeante vino de *Champagne*. Nadie conocia exactamente la situacion, ni el estado de fortuna de nuestro hombre, puntos en que, á pesar de su franqueza, parecia impenetrable: poseia buenos libros de estrategia y algunas novelas, que prestaba con gusto al primero que se las pedia, sin volverse á acordar de ellas.

Su principal ocupacion consistia en ti-

rar la pistola; así, las paredes de su aposento estaban acribilladas de balazos y parecían por la parte interior una colmena de abejas. Los únicos muebles que adornaban dicho aposento se reducían á una rica colección de pistolas: había conseguido tal perfección en el manejo de esta arma, que á habérsele antojado acertar á una avellana puesta sobre uno de nuestros *chacós*, ningún oficial le hubiera rehusado su cabeza para hacer la prueba.

Nuestras conversaciones versaban por lo regular sobre desafíos, pero Silvio (así llamaré á mi personaje principal) no se mezclaba en ellas; y cuando alguno le preguntaba si alguna vez se había batido, respondía secamente que sí, sin entrar en otras explicaciones: esto nos hizo conocer que semejante asunto de plática le era desagradable, y aun llegamos á sospechar que su conciencia estuviese de continuo atormentada por el recuerdo de alguna víctima de su funesta ciencia. Jamás nos hubiera ocurrido la idea de que Silvio podía ser cobarde, porque hay hombres, cuyo aspecto solo borra la menor sospecha acerca de este punto: un acontecimiento nos confundió á todos.

Reunímonos un día hasta diez oficiales, y comimos en casa de Silvio bebiendo como de costumbre, es decir, mucho. Levantados los manteles instamos al dueño de la casa para que nos pusiese una banca de *Faraon*, y aunque rehusó por bastante espacio el complacernos, al fin vencido por nuestros ruegos, se rindió á nuestro gusto. Pidió cartas y echó sobre la mesa un puñado de oro: nosotros le rodeamos y comenzó el juego. Silvio tenía la costumbre, mientras jugaba, de guardar el silencio mas completo; jamás disputaba ni sufría la menor explicación: si alguno de los puntos reclamaba por casualidad una puesta, Silvio pagaba callando, ó se encogía de hombros y no pagaba, si le parecía injusta la reclamación. Como ya conocíamos su modo de obrar, esto no nos sorprendía: mas quiso la suerte que aquel día se encontrase entre nosotros un oficial recién llegado al regimiento, y que este oficial hiciese por distracción una señal de mas á la carta que le servía para el tanteo. Silvio tomó la carta sin decir palabra, y quitó la señal, después de haber jugado el golpe, pero creyendo el oficial que Silvio era el que se había equivocado, empezó á explicarle la jugada: Silvio continuó barajando en silencio, hasta que perdiendo el primero la paciencia volvió á marcar en la carta la señal que este había quitado. Silvio volvió á

cojer la carta, y siempre mudo, borró la señal: el oficial caliente, con el *Champagne*, con el juego y con la risa de sus camaradas, se creyó gravemente insultado, y agarrando con ira el candelero de latón que estaba sobre la mesa, lo arrojó á la cabeza de Silvio, quien tuvo apenas el tiempo de evitar el golpe, inclinándose hacia un lado con la mayor viveza. Todos quedamos aterrados: Silvio se levantó; estaba pálido de rabia; sus ojos parecían relámpagos. «Salid de aquí, caballero, gritó al oficial, y dad gracias al cielo de que semejante cosa os haya sucedido en mi casa.»

Nosotros no admitíamos duda alguna acerca de las consecuencias de este asunto, y considerábamos también á nuestro nuevo camarada como muerto. Este salió al momento, pero declaró que estaba pronto á ofrecer al caballero Silvio la satisfacción que gustase.

El juego duró todavía algunos minutos, pero conociendo que Silvio, después de lo que acababa de pasar, no estaría de humor para continuar la partida, levantamos la sesión de común acuerdo, retirándonos en seguida, no sin tristeza, al pensar en la próxima muerte del joven oficial, y en la plaza vacante que iba á dejar en el regimiento.

Al siguiente día, cuando nos reunimos en el ejercicio, todos nos preguntamos por el teniente con el objeto de saber si aun vivía; no tardó él mismo en presentarse á nuestra vista sano y salvo, declarándonos con la mayor franqueza que ninguna noticia había recibido de Silvio: esto nos sorprendió extraordinariamente. Concluido el ejercicio nos dirigimos unos cuantos á su casa; estaba en el patio y se entretenía en disparar pistoletazos á varios *Ases* de oros que había fijado en la pared. Nos acogió con la misma amabilidad de siempre, y ni una palabra nos dijo sobre el suceso de la víspera.

Tres días transcurrieron; nuestro oficial estaba aun vivo. Nosotros nos preguntábamos con admiración. ¿Será posible que Silvio tenga miedo de batirse?... El hecho es que Silvio se contentó con una ligera excusa de parte del teniente, y ambos se reconciliaron. Este acontecimiento hizo perder mucho concepto á Silvio en la opinión de los oficiales, porque la juventud nunca perdona una falta de valor, por lo mismo que tiene á este por la primera virtud, por la única que hace excusable todo género de faltas.

Quedó por fin olvidado este lunar de la vida de Silvio, y volvió este á disfrutar de la misma consideración que se le había te-

nido antes. Yo era tal vez el único que no quería acercarme á él, por lo mismo que antes del lance con el teniente habia sido uno de sus mas acalorados admiradores. El tambien me amaba, ó al menos lo fingía, pues de lante de mi desaparecian muchas veces las arrugas de su rostro, y se entregaba sin reserva á la natural expansion de sus sentimientos. Mas desde aquella desgraciada noche, la idea de que su honor se habia visto comprometido, y que solo su voluntad le habia negado á lavar aquella mancha en la sangre de su enemigo, aquella idea humillante para él no se apartaba de mí: por eso interrumpí nuestras relaciones: tenia vergüenza de mirarle.

Silvio tenia demasiada penetracion para no echar de ver mi frialdad hácia él y para no adivinar la causa: figuréme que sentia mi conducta, y no me quedó la menor duda de que deseaba esplicarse conmigo: yo evité este paso, y Silvio concluyó por tratarme como á los demas.

En nuestra guarnicion los martes y los viernes eran dos grandes dias de la semana: la mayoría del regimiento se llenaba de oficiales y de ella salian unos contentos y otros tristes. La razon era muy sencilla: los martes y los viernes llegaba el correo y así es que todos esperaban en él, éste dinero, aquel alguna carta, y casi todos, los periódicos de la capital; se abrian los paquetes en reunion; cada cual comunicaba á los demas las noticias que habia recibido, y la mayoría presentaba entonces uno de los cuadros mas animados. Silvio acudia tambien allí, pues le dirigian su correspondencia por el regimiento, de modo que siempre estaba con nosotros á la llegada del correo.

Un dia recibió un paquete, cuyo sobre rompió con las mas vivas señales de impaciencia. Recorrió el contenido y sus ojos se inflamaban á medida que iba leyendo: por último, dirigió la palabra á los oficiales en estos terminos: «Señores, circunstancias imperiosas exigen mi partida de aquí: esta noche me separaré de Vds. y así espero que me acompañarán por última vez en mi mesa. Cuento con Vds., añadió mirándome con atencion: en seguida salió de la mayoría.

Acudí á su casa á la hora de costumbre, y le encontré acompañado de casi todos los oficiales del regimiento. Todos sus efectos estaban ya empaquetados, y solo se veian ya las paredes desnudas y acribilladas de balazos. Poco tardamos en sentarnos á la mesa, cuyos honores hizo Silvio con la mayor cortesania y amabilidad: su ale-

gria se convirtió en contagio á los pocos minutos, y el estallido de los tapones que aprisionaban el *Champagne* nos comunicó á todos aquel humor, que tantas veces nos habia acompañado antes de la aventura del juego. Levantámonos de la mesa muy tarde, y en tanto que mis camaradas buscaban sus *fourachkas* ó gorras de cuartel, Silvio me apretó la mano, diciéndome en voz baja: «Es necesario que yo os hable.»

Dejé salir á todos y quedé solo con Silvio: encendimos nuestras pipas y nos sentamos uno enfrente del otro. Silvio aparecia pensativo; la última señal de una fingida alegría habia desaparecido ya de su rostro. Un momento hubo en que contemplando su palidez, sus ojos encendidos y el humo espeso que su boca despedía, creí ver en él al principe de las tinieblas. Despues de un rato de silencio, Silvio lo rompió diciendo: «Es muy probable que nosotros no volvamos á vernos; por lo mismo he querido, antes de ausentarme, desvanecer algunas injustas sospechas, á que mi conducta ha podido dar lugar en el ánimo de V.

Aquí se detuvo, y volvió á encender su pipa: yo no le contesté contentándome con bajar los ojos. Poco despues continuó de este modo.

«Os ha parecido cosa maravillosa verme sufrir la ofensa de un aturdido, de un hombre borracho, sin pedir satisfaccion; mas convenido por lo menos en que teniendo derecho como ofendido, á escoger las armas, su vida estaba entre mis manos mientras que la mia corría poco riesgo. Yo pudiera adornar aquí mi modificacion con el pomposo nombre de generosidad: mas no quiero mentir; si yo hubiera podido castigar al teniente sin ningun riesgo para mi existencia, lo hubiera hecho indudablemente.

Yo miré á Silvio con aire estupefacto; su modo de espresarse me confundia. Silvio continuó: «Sí, tal es el estado de las cosas: yo no tengo derecho de disponer de mi vida. Hace seis años, recibí una bofetada, y mi enemigo vive aun.»

Mi curiosidad fué aquí estremada: «¿Vos no os habeis batido con él, le pregunté, las circunstancias os habrán sin duda separado?

—Yo me he batido, respondió Silvio, y ahí está el recuerdo de nuestro desafio.»

A estas palabras se levantó, abrió un carton del cual sacó un gorro encarnado con un galon y una borla de oro: «Le puse sobre su cabeza, y vi que estaba traspasado por una bala á dos ó tres pulgadas mas arriba de la frente.»

—« Vd. sabe, continuó Silvio, volviendo á su puesto, que yo he servido en * * *, regimiento de húsares; ya conoce Vd. mi carácter; y no ignora que estoy acostumbrado á ser el primero en todo, mas en mi juventud ser el primero era para mi una pasión. En mi tiempo era moda ser espadachín; yo era el primero.

Yo escedía á todo el mundo; bebía mas que el célebre B*** cantado por Davidoff. Los desafíos seguían la moda en nuestro regimiento: yo era actor ó espectador en todos. Mis camaradas me adoraban, y mis gefes veían en mi un mal indispensable.»

Yo vivía así, y gozaba tranquilamente de mi gloria, cuando un joven rico, y perteneciente á una de las primeras familias del imperio entró en nuestro regimiento. No quiero nombrarlo. Desde que existo no he llegado á ver un ser tan dichoso, tan brillante como él. Figuraos la juventud, la hermosura, el talento, la alegría mas loca, el valor mas temerario, reunidos en un solo individuo; además un nombre ilustre y dinero, é imaginaos el efecto que todo esto debió producir entre nosotros.

«Mi superioridad se indignó.— Deslumbro del renombre de mi gloria, mi rival pretendió mi amistad, mas yo le recibí friamente y él se retiró sin pena. Yo le aborrecí al momento. Sus triunfos en el regimiento, y los que alcanzaba de las mugeres, me tenían desesperado. Traté de reñir con él, mas siempre respondía á mis epigramas por epigramas mas finos, mas pronto que los míos; por lo menos me parecían tales: él decía donaires y yo rabiaba.

«En fin, un día de baile en casa de un caballero polaco vi que mi enemigo era el objeto de la atención de todas las damas y sobre todo de la dueña de la casa. Me acerqué á mi rival; le dije algunas impertinencias; él se enojó y me dió un bofetón.

Echamos mano casi á un mismo tiempo á nuestros sables; las damas se desmayaron, y fuimos separados por los demás amigos, quedando decidido que antes de la noche nos batiríamos. El día empezaba á apuntar entonces, y yo traté de no perder tiempo; dirigíme al sitio señalado con mis tres testigos, y la impaciencia de vengarme de mi contrario me abrasaba la sangre. No tardé en divisarle embozado en su capote y acompañado de un solo testigo: salimos al encuentro, y reparé entonces que tenía en la mano su *fourachka*, lleno de cerezas.

Los testigos midieron la distancia de dos

ce pasos. Yo debía de tirar el primero, mas el exceso de la cólera me agitaba de tal modo que temí errar el golpe, por lo cual y con el fin de ganar tiempo para recobrarme, quise ceder el derecho del primer tiro á mi adversario, pero éste lo reusó. Al fin decidimos que la suerte designase quien había de tirar, y también le favoreció la fortuna como siempre, pues sacó el número uno. Coloquéme en mi puesto; salió el tiro de mi rival, y este gorro quedó atravesado como vé Vd. Si la puntería hubiera sido dos dedos mas baja, yo no me hallaría aquí, contando á Vd. esta historia.

Llegaba por fin mi turno; la vida de mi rival estaba entre mis manos, y yo estaba seguro de quitársela. Apuntéle bien, pero un pensamiento horrible me asaltó, al ver que con el mayor afán se puso á escoger las cerezas mas maduras de su gorro, y á comerlas con cachaza. ¿Por qué, murmuré entre dientes, matarle en este momento de indiferencia en que no siente perder la vida? Bajé la pistola y le dije: —Me parece, caballero, que está muy mal elegida la hora de enviarnos al otro mundo: podeis seguir desayunándoos, pues no es mi ánimo interrumpiros.

—De ningún modo me incomodais, me contestó, y así os ruego que no por mi desayuno dejes de levantarme la tapa de los sesos, si podeis. Sin embargo, sois dueño de no tirar al presente y de hacerlo cuando gustéis: teneis derecho á descargar contra mi vuestra pistola, y yo estoy siempre á vuestra disposición.

Volvíme hácia los testigos y les declaré que me reservaba mi derecho para otra ocasión, por lo cual se suspendió nuestro duelo. Poco despues dejé el servicio militar y me retiré á esta villa, sin que haya pasado un solo día, en que yo no soñase con la esperanza de vengarme completamente. Ya ha llegado la hora.

Despues de pronunciar estas últimas palabras sacó del bolsillo la carta que aquel mismo día había recibido. En ella le comunicaba un amigo (tal vez su agente de negocios) desde *Moscú*, que *cierto individuo* estaba á punto de contraer matrimonio con una joven opulenta y bellísima. —Ya puede Vd. figurarse, añadió Silvio, que el individuo de quien habla esta carta no es otro que el intrépido aficionado á almorzar cerezas. Voy pues á *Moscú*; nos veremos, y despues que se case, recibirá la muerte: estoy rabiando por conocer hasta qué grado sube su indiferencia.

Silvio se levantó de mal gesto, arrojó su gorro contra el suelo, y empezó á pasearse por la sala, como en su jaula el tigre.

No tardó en anunciarle su criado que los caballos estaban prontos: apretóme fuertemente la mano; yo le abracé, subió á su *teleschka* (carro descubierto) en el cual habia dos maletas de viaje, y saludándonos por último vez partió.

Muchos años transcurrieron; algunos asuntos de familia me obligaron á retirarme del servicio y á fijar mi residencia en una pequeña propiedad que poseo en el gobierno de ***. Entregado enteramente á los cuidados domésticos y al arreglo de la hacienda, no dejaba por eso de suspirar con el recuerdo de la vida libre y exenta de engorrosas ocupaciones que en otro tiempo habia disfrutado: lo que mas me apenaba era la precision de pasar sin sociedad las eternas noches del invierno.

A cuatro leguas de mi aldea habia una rica propiedad perteneciente á la joven condesita de B**. El intendente de esta señora era el único que habitaba la quinta principal de residencia, cuyos dueños solo permanecieron en ella un mes. Corria ya el segundo año de mi reclusion, cuando se anunció que la condesa iria á pasar el verano á sus haciendas en compañía del conde su esposo. Los propietarios de las aldeas circunvecinas se ocuparon de la noticia con dos ó tres meses de anticipacion, y en cuanto á mí confieso que me alegré extraordinariamente al saber el próximo establecimiento de mi hermosa vecina tan cerca de mis tierras. Escusado es añadir que el primer domingo despues de su llegada, pasé á visitar á los condes, y que estos me recibieron con aquella cordial franqueza desterrada de las grandes ciudades, y que solo en el campo se disfruta completamente.

El gabinete en que hallé al conde era una grande pieza adornada con riqueza y elegancia; su dueño tendria poco mas ó menos treinta años y una arrogante figura: poco despues se presentó la condesa, y su hermosura me deslumbró: era en efecto una belleza de primer orden. Al mismo tiempo que la contemplaba estático fijé casualmente la vista en una de las pinturas que adornaban el gabinete y que representaba con una verdad sorprendente uno de los mas amenos valles de la Suiza: mi curiosidad se convirtió en sorpresa al reparar que aquel cuadro estaba traspasado de dos balazos; y que una de las balas habia dado precisamente sobre el agujero abierto por la otra, aunque con una pequeña inclinacion al lado izquierdo.

—«Hé aqui un famoso tiro, dije al conde.—«Sí, me respondió, un tiro que no se me olvidará. ¿Jugais á la pistola por ven-

tura?—«Soy aficionado; á treinta pasos tal vez acertaré á un as de oros, pero solo con una pistola conocida.

—«¿Hablais formalmente? Esclamó la condesa conmovida, y tu, conde, ¿te atreves á tanto?

—«Nos ensayaremos para matar el tiempo, replicó este. En otro tiempo no tiraba mal, pero hace cuatro años que como sabes muy bien, no he cogido la pistola en la mano: es un ejercicio que no debe abandonarse nunca si se desea que el brazo no pierda su firmeza y el ojo su seguridad.

—«El mejor jugador de pistola que he conocido, repuse yo, tiraba todos los dias seis tiros antes de comer: esto era tan de ordenanza para él, como el vaso de rom antes de la sopa.

—«¿Cómo se llamaba?

—«Silvio.

—«¿Silvio! gritó el conde levantándose: ¿habeis conocido á Silvio?

—«Sin duda, conde: hemos sido amigos, y en mi regimiento era el alma de todas nuestras francachelas, pero hace cinco años que nada sé de él. ¿Y vos? ¿Le habeis tratado quizás?

—«Sí, y mucho: ¿no le habeis oido contar una historia algo singular, de que hace tiempo fué héroe.

—«¿Tiene esa historia alguna relacion con una bofetada que Silvio recibió en un baile de la mano de un oficial calavera?

—«Os dijo el nombre de ese calavera?

—«No, conde.... pero.... escusad mi torpeza..... creo conocer..... si..... vos sois sin duda el hombre sereno, que cuando Silvio os apuntaba para mataros, os entreteniais en almorzar cerezas.

—«Sí, yo soy, pero veo que ignorais lo que con Silvio me ha sucedido despues: mirad: esa pintura de la Suiza es el recuerdo de nuestro último encuentro.

(Se concluirá.)

A TOLEDO.

SONETO.

¿Dónde, oh ciudad de Wamba y de Padilla,
tu régio alcázar y macizo muro?
¿dó fué tu arrojo en el combate duro?
¿dónde tus caballeros sin mancilla?

Su escelso trono te arrancó Castilla
cual si no fueras de él sosten seguro:
tu horizonte cubrió celaje oscuro

y la impiedad te hirió con su *cuchilla*.

Hicieron de tus joyas *almoneda*
mercaderes sin fin de tierra *estraña*
y tus hijos también ¿ya que te queda?

Solo es tu templo misera *cabana*,
lúgubre de tu Tejo la *alameda*
y estás en pie para baldon de España.

A. FERRER DEL RIO.

Á UNA VALENCIANA

EN UN BAILE DE MASCARAS.

Amorosa valenciana
de talle esbelto y airoso,
no escondas el rostro hermoso
que me dejaste entrever.

No le escondas, ay! permíte
que estampe en él dulce beso,
y que en lánguido embeleso
le contemple á mi placer.

Envidia de las hermosas,
vuelve á mí tus ojos bellos,
aunque ciego pierda en ellos
la calma del corazón.

Vuélvelos, sí; que en mi vida
por la suerte condenada,
cuenta una sola mirada
de amorosa compasión.

Fuego son tus claros ojos
y es hermoso tu cabello,
como de la aurora es bello
el brillante tornasol.

Tu rostro, inundado brilla
de sonrisa soberana...
guárdete Dios, valenciana,
que es tu cara como un sol.

Tú que ves de mis amores
el perpetuo desvarío,
no pagues con tal desvío
mi constante voluntad.

Si mi amor te compadece,
quita, valenciana hermosa,
esa máscara enojosa
que me oculta tu beldad.

Vuelva á ver tu lindo rostro
en vez del rostro insensible

que me mira incomprensible
colmando mi frenesi.

Mas... si has de mirarme airada,
si has de apartarme tus ojos...
mas que tus duros enojos,
prefiero mirarte así.

A. GARCIA GUTIERREZ.

(A la señorita dona Celestina Gelo.)

AUNQUE MAL CORRESPONDIDO,
EL AMOR SIEMPRE ES AMOR.

LEYENDA.

I.

PROFECÍAS VARIAS.

Era una tarde de mayo
fresca por demas y umbria,
y en occidente se hundia
del sol el último rayo.

Con sus gorgeos suaves,
que embargaban los oídos,
antes de entrar en los nidos
le despedían las aves.

De las eras á sus chozas,
tregua dando á las labores,
volvian los labradores
viejos, muchachos, y mozas.

Corrió la noche su velo
al reposo convidando,
con ansias mil aumentando
del avariento el desvelo.

Bella, al par que magestuosa,
su faz descubrió la luna,
al criminal importuna,
si al piloto deliciosa.

Pardas sombras se veían
producidas por las peñas,
que á haberlas visto las dueñas
fantasmas las juzgarían.

Y aun los mozos y rapaces,
y los fanáticos viejos,
las juzgarían, perplejos,
apariciones veraces.

Porque el miedo y la ignorancia,
que siempre juntos están,
vestiglos ven por dó van,
aunque siempre á gran distancia.

Protegido por el sueño
grato silencio reinaba,
y durmiendo se igualaba
el esclavo con su dueño.

El silencio interrumpia
únicamente, al pasar,
el fatídico graznar
del buho, que no dormía.

A una legua de Leon,
antigua corte de España,
existía una cabaña
de la ventura mansion.

Allí la paz, la llaneza,
el pundonor, la hidalguía,
en estrecha compañía
moraban con la belleza.

Un viejo honrado, una anciana,
venerables, un zagal,
y de rostro angelical,
tierna doncella, su hermana,

Una familia dichosa
formaban, cuyo contento
de su dicha era ornamento,
como del prado la rosa.

Que donde moran la paz,
el amor y la virtud,
tarde llega la inquietud
á interrumpir el solaz.

Padres la anciana y el viejo
eran del mozo y la bella,
y se miraban en ella
los tres como en un espejo.

Bastaba lo que tenían
para vivir con decencia,
y aun á la triste indigencia
á menudo socorrian.

La luna con brillo escaso,
pues la noche era avanzada,
de blancas nubes velada
se acercaba hácia el ocaso.

El hijo de las tinieblas
con mas influjo convida
á la calma apetecida,
oculto entre densas nieblas.

Que huye del día el reposo
como el diablo de la cruz,
y enemigo de la luz,
la oscuridad busca ansioso.

La doncella y el garzon
y los dos viejos rezaron
el rosario, y se acostaron
alegres á la sazón.

Mas la suerte, siempre varia,
como instables son los vientos,
zelosa de sus contentos,
muy presto les fué contraria.

Ya el reposo de la noche
en afán se convirtió,
y ya, como siempre escelso,
fulmina su luz el sol.

Los mortales otra vez
tornan á la agitacion;...
y unos vienen, y otros van
del interés siempre en pos.
Hablan, disputan, reniegan,
juran y gritan, rumor
y estruendo infernal formando
en tropel y confusion.

Unos al trabajo vuelven
con mas eficaz ardor;
otros, que del pueblo viven,
á su vana ostentacion,
á las maldades é intrigas,
á que tregua el sueño dió.

Y las damas á engreirse
con las frases que inventó
para vencer su decoro
la pérfida adulacion.

Y los apuestos galanes
á protestarlas amor,
para despues olvidarlas
sin motivo, ó con razon.

Y los viejos á narrar,
sin fuerzas ya, y sin vigor,
los momentos de venturas
que el tiempo les usurpó
con su juventud, que envuelta
entre la nada quedó.

Y ya caducos, recuerdan
sus deslices con rubor,
sus hazas con orgullo,
sus glorias sin ambicion,
sus amores con desden,
con jactancia su valor,
y los servicios que hicieron
con gozo y satisfaccion.

Y mientras que desalados
se entregan á la sazón
á los placeres los mas,
los menos al pátrio amor,
cubriéndose estos de gloria
si los otros de baldon;
y mientras canta el dichoso,
se rinde el triste al dolor
se lamentan los ancianos,
se entroniza á la traicion,
al malvado se respeta,
las damas fingen candor,
las juran fé los galanes,
héroe se nombra al maton
los muchachos se divierten,
y anhela la luz del sol
el que en oscura mazmorra
dicha y libertad perdió,
una doncella, distante
del albergue en que nació,
sola, al márgen de una fuente
sentada, con dulce voz
cantando está, y con su canto
dá pábulo á su ilusion.—

Fuente, tú, que serena
hoy te deslizas,

sin curarte de mi pena,
sobre la menuda arena,
si me hechizas,
fuente clara,
¿porqué, avara,
no me inspiras
el amor que tú respiras?

Aveillas que estais
ledas de amores,
y el néctar de amor gozais,
puesto que envidia me dais,
mis dolores,
mis martirios,
mis delirios
aumentando,
enseñadme à amar cantando.

Y tú, que siempre hermosa,
vuelas sin duelo,
¿por qué, conmigo amorosa,
no me inspiras, mariposa,
pues lo anhelo
con ardor,
el amor

que te alienta,
y tu júbilo acrecienta?

Sol hermoso, brillante,
que siempre amigo
nos acorres, y aun amante,
si al ver tu faz rutilante
te bendigo,
¿por qué, di,
sol, en mí,
pues te ruego,
no viertes de amor el fuego?

Cantaba así la doncella,
y á interrumpirla llegó
sobre uu alazan brioso
un bien apuesto garzon.

Es cuanto ilustre gallardo;
y en lides cien, de valor
pruebas ha dado, y renombre
de intrépido se adquirió.

Detiénese á contemplar
à la doncella, que al Sol
envidia dá su hermosura,
pues otra igual no alumbró.

Si él con asombro la admira
ya prisionero de amor,
ella, à quien parece hermoso,
le vé con admiracion.
Sin pestañar la contempla;
ella, cediendo al pudor,
los ojos baja; mas luego,
latiéndole el corazon,
vuelve á fijarlos en él,
que estático se quedó.

Suspira al fin; y la hermosa
del suspiro de él en pos
exhala ardiente suspiro,
que hasta el alma penetró
del paladin, que el silencio
rompe, con tímida voz
diciendo así à la doncella,
que le oye con atencion.

—Sino eres una deidad
que del Cielo descendió
para que rinda à tus pies
alma, vida y corazon,

dime quién eres; oh bella!
que si me falta valor
para hablarte, asaz me sobra,
para idolatrarte, amor.—

La doncella con sonrojo
al paladin respondió.

—No soy deidad cual pensais:
una labradora soy,
si, como habeis dicho, hermosa,
pobre, y de humilde estraccion.

Criada en el campo, nunca
el fausto y el esplendor
conoci, que en las ciudades
diz que tan comunes son.

Nada he visto, nada sé;
y vos el primero sois
que à hablarme de amores vino,
é ignoro lo que es amor.

—Pues cuanto hermosa y secreta
eres, haré, vive Dios,
si es que mi oferta no esquivas,
que entre el fausto, el esplendor,
y los placeres, te acaten,
te rindan veneracion.

—Nací plebeya.

— Te haré

noble, pues ilustre soy.

—¿Me hareis noble!

—Ya lo he dicho.

—¿Seré rica?

—Como yo.

—¿Y me enseñareis à amar?

—Amándote con pasion
estremada.

—¿Y si mi padre...

Venid... Yremos los dos...

Venid.

—¿A donde?

—A mi casa.

—Es escusado. Mejor
será...

—Está cerca. Venid...

Seguidme. Direis vos
que me amais...

—Espera.... Atiende.

—¿No venis?

—¡Oye!

—Allá voy.

¿Que mandais?

—Ven. A la grupa

irás mas cómoda.

—No.

—Vamos, ven...

—Yo... Pero...

—Aquí

desde esta riba...

—¿Y si doy

en tierra?

—No; ven... Delante

irás mas segura.

—¡Amor,

à ti me entrego!...

—Ven... Salta...

¿Como pesas!.. Vaya...

—Soy

la mas dichosa ..

—¿Estás bien?

—Esperad... Ahora... ¡Ay Dios!...
 —¿Qué tienes? Di: ¿por qué tiembles?
 —Sujetadme...

—Ten valor.

—Partamos.

—Si.

—Por allá.

—¿Como te llamas?

—Leonor.

—¡Hermoso nombre!

—Mas ¡ay!...

¿A do me llevais, señor?

¿No me respondeis? Decidme.

¿A do vamos?

—A Leon.

—¡Ay!... ¡Soltadme!...

—No lo esperes.

—¡Soltadme!...

—He dicho que no.

Y al sentir la aguda espuela
 partió á galope el brido.

(Se concluirá.)

FRANCISCO GAVITO.

MADRID 1.º DE ABRIL.

Sabemos que el Sr. Boix se propone continuar la publicacion del Repertorio dramático, para cuyo fin se ha puesto de acuerdo con excelentes traductores que verterán á nuestro verdadero idioma las producciones de mas nota que se representen en los teatros de Paris. Serán las primeras que vean la luz pública: *El duque de Olonne, el conde de Montemar, la Reina de Chipre* y otras: dos de ellas estan ya en prensa y saldrán impresas con todo esmero en papel fino de la fábrica de Burgos, de que se halla suficientemente surtido dicho editor. Cuenta tambien con producciones originales de autores bien conocidos del público.

—Nuestro periódico que cuenta tres años de vida, ya bajo el título de *Entreacto* ya bajo el que ahora lleva, recibirá otra forma y distinto método de publicacion, luego que veamos la marcha que adopta el nuevo cofrade que con la advocacion del *Pasatiempo*, debe nacer hoy 1.º de abril, y á lo que parece no sin humos.

En el viaje que el Sr. Boix acaba de hacer al extranjero, ha adquirido la propiedad del célebre *Stabat Mater de Rossini*, que tan general aceptacion ha merecido en toda Europa, para su ejecucion en las iglesias teatros y demas establecimientos públicos de España: en su consecuencia facilitarán á los que la deseen esta famosa composicion, asi las voces, como la parte de orquesta á los que la necesiten; y perseguirá ante la ley á cualquiera persona ó corporacion que sin su consentimiento la ejecute.

TEATRO DE LA CRUZ.

COMPañIA DRAMATICA.

Lista de los individuos que forman la compañía de este teatro para el año de 1842 á 1843.

ACTRICES.

DAMAS.

Primera.

Doña Bárbara Lamadrid.

Primeras y damas jóvenes.

Doña Juana Perez.

Doña Josefa Valero.

Segundas.

Doña Catalina Flores.

Doña Isabel Boldun.

Doña Cármen Moreno de Vera.

CARACTERÍSTICAS.

Primera.

Doña Concepcion Sampilayo.

Segunda.

Doña Francisca Navarro.

GRACIOSAS.

Primeras y segundas.

Doña Concepcion Lapuerta.

Doña Ventura Castillo.

Doña Ines Belmonte.

PARA PAPELES SUBALTERNOS.

Doña Anjela Lombía.

Doña Ana Sanchez.

Doña Jacoba Estrella.

Doña Ventura Montañes.

Doña Maria Perez.

Doña Manuela Perez.

Doña Teresa Caballería.

ACTORES.

GALANES.

Primeros y directores de escena.

D. Carlos Latorre.

D. Juan Lombía.

D. Pedro Gonzalez Mate.

Galanes jóvenes.

D. Antonio Alverá.

D. Vicente Caltañazor.

Segundos y terceros.

D. Francisco Lumbreras.

D. Antonio Pizarroso.

BARBAS.

Primero.

D. Pedro Lopez.

Segundos.

D. Pedro Sanchez.

D. Vicente Estrella

GRACIOSOS Y CARACTERÍSTICOS.

D. Agustin Azcona.

D. Juan Torroba.

D. Juan Carceller.

PARA PAPELES SUBALTERNOS

D. Felipe Reyes.
D. Pedro Euschi.
D. Carlos Spuntoni.
D. Luis Rada.
D. José Fernandez.
D. Hermenegildo Caltañazor.
D. Miguel Reyes.

APUNTADORES.

D. Francisco Bueno.
D. Juan Bueno.
D. Francisco Ceyanes.
D. Francisco Bueno, menor.

AUTOR.

D. Felipe Reyes.

BAILARINES EXTRANJEROS.

Doña Amalia Massini.
D. Francisco Penco.

COMPANIA DE BAILE NACIONAL.

BAILARINAS.

Doña Sebastiana Perez.
Doña Francisca Bueno.
Doña Francisca Hidalgo.
Doña Carmen Callejo.
Doña Amalia Estrella.

BAILARINES.

Director.

D. Angel Estrella.
D. Francisco Tenorio.
D. Manuel Gonzalez.
D. Gaspar Guilló.
D. Antonio Ponce.

Pintor y director de la maquinaria.

D. Francisco Aranda.
Otro pintor: D. José Maria Abrial.

TEATRO DEL PRINCIPE.

Lista de los individuos que forman la compañía de este teatro para el año de 1842 á 1843.

AUTOR.

D. Juan Orgaz.

Doña Matilde Díez.
Doña Teodora La-Madrid
Doña Maria Corcuera.
Doña Magdalena Cun.
Doña Maria Fabiani.
Doña Trinidad Parra.
Doña Concepcion Valero.
Doña Carlota Ruiz.
Doña Petra Montero.
Doña Mariana Castillo.
Doña Emilia Pló.
Doña Josefa García.
Doña Rosario Toral.
Doña Manuela Sierra.
Doña Bernarda Feito.
Doña Palomina Fabiani.
Doña Valentina Muñoz.

Doña Maria Uzelay.
Doña Nicanora Fernandez.
Doña Manuela Valero.
Doña Paula Cubas.

Doña Gerónima Llorente.
Doña Maria Córdoba.
Doña Casimira Delgado.

Doña Maria Martinez.
Doña Francisca Casanova.
Doña Maria Vierge.

D. José Garcia Luna. D. Julian Romea.
D. Florencio Romea.
D. Pedro Sobrado.
D. José Díez.
D. José Castañon.
D. Manuel Garcia.
D. Domingo Lopez Contador.
D. Lorenzo Uzelay.
D. Lorenzo Paris
D. Joaquin Lledó.
D. Juan Fernandez.
D. Domingo José Martinez.
D. Joaquin Sanchez.
D. Manuel Saavedra.
D. Carlos Ornero.

D. Antonio de Guzman.
D. Pedro Cubas.
D. Mariano Fernandez.
D. José Guzman.
D. Ignacio Silvestri.
D. Juan Orgaz.

D. Luis Fabiani.
D. José Perez Pló.
D. Lázaro Perez.
D. Angel Lopez.
D. Joaquin Barja.
D. José Ramirez.

APUNTADORES.

D. Florentin Hernandez.
D. José Nicolau.
D. Tomás Mariño.
D. Marcos Baron.
D. Salvador del Rey.
D. Antonio Bagá.
D. Camilo de las Cabañas.
D. Ignacio Hernandez.

BAILE.

Doña Josefa Díez.
Doña Mariana Castillo
Doña Fernanda Lopez.
Doña Candelaria Menéndez.
Doña Francisca del Barrio.

D. Manuel Casas.
D. Ignacio Bagá.
D. Pedro Hidalgo.
D. Antonio Figa.
D. Andrés Leonarte.

Pintor y director de la maquinaria. D. Francisco Lucini.

IMPRENTA DE D. IGNACIO BOIX, EDITOR.